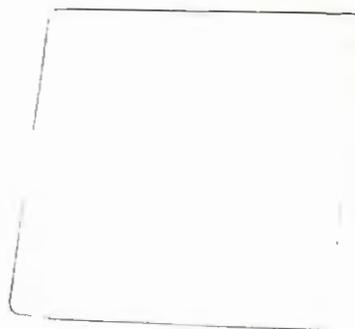


Alfredo Rubione

Entrevista a Adolfo Prieto



Adolfo Prieto nació en 1928. Fue profesor de Literatura Argentina e Hispanoamericana en las Universidades del Litoral y Rosario (Argentina), Montevideo (Uruguay), Besançon (Francia) y lo es actualmente en The University of Florida, Gainesville (EE.UU.) Entre otros libros publicó *La literatura autobiográfica argentina* (1966); *Diccionario básico de la literatura argentina* (1968), *Estudios de literatura argentina* (1969) y *El discurso criollista en la formación de la Argentina moderna* (1988). Estas son sus respuestas a la encuesta preparada por el profesor Alfredo Rubiones para la antología *La crítica literaria en la Argentina*, de editorial Eudeba.

A.R.: *¿Cuál es su extracción social, actualmente, en qué ámbito se mueve o con qué estrato o sector social se siente identificado?*

A.P.: Para mi padre, inmigrante de origen campesino, "hacer la América" significó ganar un espacio en la pequeña burguesía de provincias, o si se quiere, para ser más preciso, en su improvisada antesala. A esta marca de origen, más que cargada por su condición de

fenómeno fronterizo, agregué el repertorio de opciones entresacadas del trabajo profesional y las relaciones personales. Vivo, la mayor parte del tiempo, entre estudiantes, profesores universitarios y escritores, es decir, vivo en un típico ghetto intelectual, en donde los espejismos de identificación se ofrecen casi con tanta frecuencia como la ilusión de no pertenecer a estrato o sector social alguno.

A.R.: *¿Cuáles fueron sus comienzos li*

ALFREDO RUBIONE

terarios? ¿Recuerda las circunstancias en que apareció su primer libro o su primer texto importante?

A.P.: Casi al finalizar mis estudios en la Facultad de Filosofía y Letras de Buenos Aires, me vinculé con algunos de los redactores de la revista Centro. Publiqué allí mi primer artículo, y no mucho después, en 1954, el primer libro, Borges y la nueva generación.

A.R.: *¿Ha participado o participa de algún movimiento, tendencia o grupo literarios?*

A.P.: De ese grupo de colaboradores de la revista Centro, surgieron los animadores y fundadores de Contorno. En el pasaje de una a otra publicación, participé de algunas decisiones que el tiempo -y la nostalgia con que indulgimos la evocación de nuestro propio tiempo- tienden a registrar con caracteres desembozadamente épicos.

A.R.: *Describa la forma en que trabaja: ¿cómo administra su tiempo?, ¿escribe con regularidad?, ¿lo hace con rapidez?, ¿cuántos borradores necesita?, etc.*

A.P.: Tres alborozados meses me llevó escribir el primer libro. Cuatro agonizantes años concluir el último.

A.R.: *¿En qué medida vive de sus obras? ¿Qué otros trabajos realiza?*

A.P.: Salvo compulsivos intermedios dedicados a la redacción de prólogos, lecturas de control editorial o preparación de textos, mi trabajo regular ha estado y está vinculado a la docencia universitaria.

A.R.: *¿Cuáles han sido las tiradas de sus libros? ¿Y las ventas? ¿Hubo traducciones?*

A.P.: De los quinientos ejemplares de Borges y la nueva generación, los editores pudimos vender, felizmente, nada más que trescientos. Del Diccionario básico de la literatura argentina, incluido como volumen final de la primera versión de Capítulo, presumo que cuarenta o cincuenta mil ejemplares, aproximadamente el tiraje promedio de los títulos de aquella colección. Entre los dos extremos, el tiraje de rigor, hasta donde pueden medirlo nuestras prácticas editoriales, ha sido el de tres mil ejemplares.

A.R.: *¿Cuál es su relación con la crítica?*

A.P.: La crítica, como institución o como cuerpo profesional orgánico, no existe entre nosotros. Con los críticos que no se han ocupado de mis trabajos, guardo una relación sembrada de las más sombrías conjeturas. Con los que se ocuparon, otra, que incluye desde el más sincero reconocimiento hasta una perplejidad sin adjetivos.

A.R.: *¿Qué papel le adjudica -si le adjudica alguno- a su trabajo de escritor en el conjunto de la vida social?*

A.P.: La pregunta es tan espectacular en sus alcances como para favorecer un inmediato acto de contrición y de humildad. No, no aspiro a que mis trabajos cumplan un papel en el conjunto de la vida social. Aspiro, tal vez, a que otros lleguen a adjudicárselo en el delgado segmento operativo en el que la discusión de los textos literarios integra la discusión de ciertos comportamientos sociales.

A.R.: *¿Puede definir los temas centrales de su obra o aquellos núcleos temáticos que responden a sus obsesiones más profundas?*

ENTREVISTA A ADOLFO PRIETO

A.P.: Retomo la respuesta anterior y la amplío. Siempre entendí el texto literario como el punto de encuentro de innumerables voces. Algunas de esas voces canalizan una forma de conocimiento que sale del texto para iluminar el espacio social en el que fue producido, y que vuelve al texto para iluminar algunas de sus propias articulaciones. Esta aproximación implica, desde luego, una teoría y una metodología, pero no ocuparé ahora el tiempo de nadie haciendo proselitismo en favor de una y de otra. Me basta señalar que ambas fueron arduamente convocadas para legitimar mi vinculación espontánea e incorregible con el hecho literario.

A.R.: *Como ciudadano, como figura del campo cultural o a través de su obra ¿adhiere a alguna concepción ideológico-política?*

A.P.: No tengo ni he tenido militancia política alguna, salvo un brevísimo cortejo a la no menos breve ilusión del frondicismo pre-electoral de 1957. Algunas adhesiones, algunos manifiestos, algunas renunciaciones, alguna cesantía. Listo para resistir y condenar las malas causas; dubitativo, confuso, vacilante para seguir a las que muchos o algunos proponían como buenas. No me gusta el perfil que trazo de mí mismo: tampoco la realidad política del país que me tocó vivir en entera vida adulta.

A.R.: *¿Cuáles son sus escritores preferidos, tanto en el campo de la literatura nacional como en el de la universal?*

A.P.: Entre los argentinos: Sarmiento, Hernández, Mansilla, Fray Mocho, Lynch, Borges, Cortázar, el primer Vinas, el último Rivera, Moyano, Saer, Piglia, una lista de contigüidad que podría provocar incomodidad en algunos de los mencionados, pero que se aviene

a la heterodoxia de mis gustos. En cuanto a los no argentinos, para evitar la repetición de los nombres a que todo lector de mi generación recurrió en algún momento, prefiero mencionar el de los autores de las dos únicas obras que se escurrían, en la biblioteca de mi padre, entre los viejos tomos de la **Enciclopedia hispanoamericana**: Cervantes y Kropotkin. Leídos y releídos incansablemente, el **Quijote** y **La conquista del pan**, fueron (son?) para mí, los libros por antonomasia.

A.R.: *¿Qué influencias culturales o, más precisamente, estéticas podría reconocer en su etapa de formación y cuáles admite hoy?*

A.P.: Debo suponer que mis años de formación corresponden, aproximadamente, a los años que empleé, como estudiante, en la Facultad de Filosofía y Letras de Buenos Aires. Por entonces no existía, o yo no fui capaz de percibirlo, ni corriente de pensamiento, ni práctica intelectual ni concepción estética a la que pudiera otorgársele el carácter de formativos. Los cursos de latín y de griego consumían lo más sustancial de las obligaciones académicas, y aquí y allá resonaban algunos ecos de la versión española de la estilística germana difundida por Amado Alonso, cesanteado el mismo año en que llegué a la Universidad. La agitación intelectual, las propuestas estéticas estaban afuera, en la ciudad misma, y Buenos Aires era, por cierto una formidable esponja que aspiraba y procesaba todas las ideas del mundo. La ciudad, entonces, las librerías, los cafés, los camaradas. Y el cine. Mucho cine, hasta terminar pensando en imágenes capaces de completar una secuencia o en barruntar algún esquema de montaje capaz de dar cuenta de todas las formas de relato. Y los descubrimientos, que se encadenaban unos a otros. El horizonte histórico que juzgá

ALFREDO RUBIONE

bamos, muy subjetivamente, opresivo, a Sartre. Sartre, a la necesidad de definir la literatura. La literatura al psicoanálisis; éste a la antropología, y la antropología a la sociología y a la historia. Desordenadamente, sin otra guía que la de las novedades recién llegadas a librerías, el alerta puntual de alguna revista literaria, y las revelaciones que cada uno pudiera ganar de esa experiencia. Así fue entonces, y así ha sido, con sumas y restas, lo que vino después.

Antimonium spagy
riae praeparatum.

